

Deber de memoria y derecho al olvido : testimonio y literatura a partir de la experiencia de la dictadura cívico-militar (1973-1985) en Uruguay

Carina Blixen

La sociedad uruguaya salió de la dictadura cívico-militar (1973-1985) con elecciones condicionadas (sin que se pudieran presentar dos de los principales líderes políticos y con parte de las fuerzas de izquierda proscripta) y sin una postura de consenso sobre cómo encarar el problema de la justicia ante los crímenes perpetrados. Con esta indefinición, las primeras acusaciones contra militares generaron una serie de situaciones críticas que quisieron ser resueltas a través de la aprobación de una ley que amnistiaba a los militares. Se llamó Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado y fue votada por el parlamento y aprobada y promulgada por el Presidente Julio María Sanguinetti el 22 de diciembre de 1986. En seguida se inició un movimiento para derogar la ley mediante un plebiscito popular. El 16 de abril de 1989 las fuerzas que reclamaban verdad y justicia perdieron ante un 54% de uruguayos que decidieron perpetuar la impunidad. En otro plebiscito, convocado el 25 de octubre de 2009 para cambiar la constitución y anular la Ley de Caducidad, durante el primer gobierno de izquierda en el Uruguay, quienes pedían por verdad y justicia volvieron a perder.

Contra lo que pudieran indicar los datos así presentados, en los veinte años transcurridos entre un plebiscito y otro la cultura uruguaya vivió cambios importantes. Mi intención es leer a partir de algunos textos testimoniales las transformaciones de una identidad subjetiva construida en contrapunto a uno de los problemas no resueltos por nuestra sociedad: el lugar que han ocupado y que ocupan los derechos humanos en la democracia conquistada.

El resultado del plebiscito de 1989 y los sucesivos gobiernos colorados y blancos que impidieron el accionar de la justicia en el pequeño margen que la Ley de Caducidad dejaba¹, ataron fuertemente, por oposición, a una parte de la sociedad civil al “deber de memoria”. Además del legítimo derecho de las víctimas de contar “esto me sucedió”, ante la omisión de la justicia, los testimonios cumplieron la función de juntar prueba. En ese juego de fuerzas establecido, la sociedad pareció necesitar que las víctimas siguieran en su papel de tales, entorpeciendo el proceso liberador de asumir su historia y salirse de la estereotipia del sufrimiento inmerecido para seguir por otros caminos.

Tomo del libro *Sobre la violencia revolucionaria*² de Hugo Vezzetti la idea de que “una memoria solo apoyada en los afectados descarga a la sociedad de su responsabilidad” (p. 28) y la noción de que la memoria no es un “registro espontáneo del pasado” sino que “requiere de un marco de recuperación y de sentido en el presente y un horizonte de expectativa” (p. 220). Recuerdo también que Andreas Huyssen dice

¹ El artículo 4 de la Ley de Caducidad dispone la investigación de los casos relativos a “personas presuntamente detenidas en operaciones militares o policiales y desaparecidas así como de menores presuntamente secuestrados en similares condiciones”. Los sucesivos gobiernos de Julio María Sanguinetti (Partido Colorado), Luis Alberto Lacalle (Partido Nacional) y Jorge Batlle (Partido Colorado) no cumplieron con lo establecido en este artículo. Recién en el año 2004 cuando asumió el gobierno Tabaré Vázquez (Frente Amplio) empezó a cumplirse este artículo de la ley.

² Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

que “el proceso psíquico de recordar, repetir y atravesar” es “un proceso que debe empezar en el individuo pero que solo puede completarse exitosamente si es sustentado por la instancia colectiva, por toda la sociedad...” (p. 175)³.

En un artículo del año 2004 Huyssen⁴, lector de Vezzetti⁵ planteaba un tema que no ha estado presente en la reflexión uruguaya de los últimos años : la posibilidad de una ética del olvido. Advierte que “aún formas políticamente deseables de olvido darán resultados que distorsionan y erosionan la memoria” y que hay que entender la manipulación de la memoria en la esfera pública y sus consecuencias para recuperar lo más posible. Analiza dos ejemplos : el olvido de los bombardeos de los Aliados de las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial y el “olvido” de la condición de guerrilleros de los desaparecidos en el proceso de recuperación democrática en la Argentina. Los atentados en la guerrilla urbana a principios de la década de 70 “tuvieron que ser “olvidados” (silenciados, desarticulados) para conseguir un consenso nacional de memoria que emerge en torno de la figura del desaparecido como víctima inocente”. Mientras en Argentina se libró una lucha entre la reivindicación de los caídos como víctimas o como combatientes, en Uruguay el problema no adquirió visibilidad, aunque es posible pensar que estuvo presente de manera escondida y que así condicionó algunas decisiones.

Me resulta particularmente interesante que Huyssen al explicar el proceso de recuperación de la memoria de los bombardeos de las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial parta de un libro ensayos de W. G. Sebald (*Luftkrieg und Literatur*, 1999) de gran éxito, y considere después el de un historiador. Creo que el dato dice algo sobre quienes se han comprometido con la escritura : el ejercicio de libertad que ella exige hace que sus testimonios vayan más allá de acuerdos políticos y verdades aceptadas. Elegí algunos textos que generan una situación conflictiva no solo con la sociedad en su conjunto, sino también con el grupo al que pertenecen o pertenecieron quienes los escribieron.

El monumento y la crítica

Los tres tomos de *Memorias del calabozo*⁶ de Eleuterio Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof resumen por su encuadre moral, por quiénes son sus autores, por su enorme éxito algunas características centrales del primer momento del flujo de testimonios. Fernández Huidobro y Rosencof son figuras políticas relevantes desde la salida de la dictadura. Pertenecieron al MLN Tupamaros, fueron presos políticos y rehenes de la dictadura.

En la introducción los autores dan una pequeña explicación “histórica” de lo sucedido en la sociedad uruguaya que ubica el libro en una lucha interpretativa por establecer el causante político del desastre y dejan constancia del pacto realizado de dar testimonio en el caso de sobrevivir “para que el sacrificio no fuera en vano” (p. 11).

Establecen que testimonian para levantar un monumento, para continuar la lucha (en el momento en que publican enmarcada en la campaña por el plebiscito de 1989) y al hacerlo se apoyan en el mito de la “honestidad” del lenguaje hablado que se

³ Huyssen, Andreas, *Después de la gran división*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.

⁴ Huyssen, Andreas, “Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público” en INTERCOM. Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação. 30 de agosto a 3 de setembro de 2004. PUC-RS, Porto Alegre.

⁵ Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

⁶ Fernández Huidobro, Eleuterio y Rosencof, Mauricio, *Memorias del calabozo. 3 tomos*, Montevideo, Tae, 1987.

contraponen a un “hacer literatura” que queda ubicado del lado del artificio. La invitación es a leer como si las palabras fueran transparentes y pudieran poner al lector directamente ante los sucesos. Crean una puesta en escena de presunta “naturalidad” : dos expresos políticos se juntan para conversar y reconstruir su experiencia de rehenes de la dictadura. Después de años de comunicarse mediante golpes en la pared a partir de un código propio, vuelven al lenguaje de la tribu y escriben como si conversaran. Se sabe a partir de Derrida que la ausencia es propiedad de la escritura, que ella, a diferencia de la oralidad, puede prescindir de la presencia del emisor y el destinatario. ¿No es una forma de generar saturación esta escritura que escenifica la presencia ? ¿No es una manera de suplir la escasez de los años de calabozo?

Se refieren una y otra vez a la situación de enunciación y al “hoy” político desde el que recuerdan. Entre los dos, tomando mate, hilan anécdotas del cuartel. De esa manera establecen una distancia con los años de horror. Una mirada irónica les permite contar y al mismo tiempo mantener las emociones a raya. Relatan una serie infinita de atrocidades sufridas que alterna con el conocimiento adquirido sobre los otros: los “milicos” de diferentes jerarquías con los que convivieron esos años. Se sobreentiende que el contar es una tarea militante que exige la disminución o relativización de lo más subjetivo. Consciente e inconscientemente las estrategias de un proyecto político compartido en el presente en el que “conversan” inciden en la manera de recordar.

Como *Memorias del calabozo* hubo otros testimonios honestos, contundentes, necesarios, que, de manera voluntaria o involuntaria, se sometieron a un deber ser que impuso normas -no explicitadas- sobre lo que se debía o no decir. Los testimonios no hablaron de quiebres, contaron la historia de la heroica resistencia. Llevó tiempo desmontar esta imagen monolítica, problematizar la noción de heroísmo. Pero la llamada “zona gris” por Primo Levi empezó a aparecer, no solo gracias al previsible transcurso de los años ; también ayudó la caída de la URSS, las crisis del Partido Comunista y de la izquierda en general. Muchos militantes comenzaron a revisar su condición de tales, y a verse a sí mismos y su historia de manera diferente.

En el año 2003 apareció *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*⁷ de José (Tito) Martínez : Es el primer testimonio de un preso político que cuenta un quiebre en la tortura. La obra tiene una estructura alternante que intercala la experiencia del preso en un cuartel, en el Penal de Libertad con la del militante en los cincuenta, sesenta y primeros setenta. Son las “crónicas” del preso y del militante : dos secuencias cronológicas que se intercalan hasta la salida de la cárcel. El eje de intensidad lo establecen las “crónicas” del preso : de ellas surge el título de cada uno de los capítulos en que se organiza el libro: el Cuartel, el Penal, el Infierno. Martínez dejó como tercer y último capítulo el relato de la tortura y de la confrontación dentro del Partido Comunista que estalla en 1992, momento en que decide abandonar la militancia. La estructura de la obra revela la sabiduría constructiva del que relata. La conmoción que produce la lectura del sufrimiento en la tortura hubiera quebrado la racionalidad, la distancia, la melancólica ironía con que se mira y mira a su entorno en los dos primeros capítulos. El ir y venir del preso al militante ejerce un doble control : corta la dureza del cuartel y el penal por un lado, y por el otro amortigua la carga de datos, precisiones, nombres de la memoria del militante.

Con gran economía de palabras, gracias a la percepción precisa del detalle y al manejo de un equilibrio difícilísimo entre lo que el sujeto siente y la descripción de lo

⁷ Martínez, José Jorge, *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*, Montevideo, Trilce, 2003.

que sucede, es decir con una calibrada contención, el horror se desata e invade al lector. Le aplican la picana en la boca. “Oigo a alguien que grita, que aúlla, soy yo” (p. 132). No debe haber forma más sintética de decir esa ruptura de la identidad del sujeto que se ha contado muchas veces como una de las respuestas a la tortura.

La otra serie, la del hombre comprometido inserto en la lucha política desde el medio siglo, abre la puerta a la polémica. El lector ya no se entrega, está alerta ante los hechos y sus interpretaciones. Deberá confrontarlos con su vida, sus conocimientos, sus ideas. Tito Martínez cuenta desde dentro, como militante, y se detiene a explicar qué se entiende por militancia : cuánto de altruismo y sectarismo tuvo, qué responsabilidades y satisfacciones en relación a la participación en el poder pudo brindar. Esa mirada que vuelve al compromiso y la emoción al mismo tiempo en que construye una distancia que permite la visión crítica, es otra de los aciertos de su narración.

Un valor fundamental de este testimonio de Tito Martínez es que restablece la dignidad del luchador sin necesitar de las coartadas o los escamoteos del héroe. Encuentra otra forma de entereza y dignidad : la del hombre que tiene el valor de decir su debilidad, de necesitar confesarla a un compañero en seguida y escribirla años después. Su voz exhala un aire de libertad, autoconciencia y búsqueda de verdad renovadoras. Es la suya una ética rigurosa, que da vuelta la imagen, al fin complaciente, del héroe.

El testimonio de las mujeres

En 1997, un año después de la gran marcha del silencio del 20 de mayo, las expresas políticas convocan a reunirse y recordar : inician un camino que, a través de diversas experiencias de trabajo colectivo, cambia las características del testimonio tal como había prevalecido hasta el momento. La mirada de género descentra la perspectiva masculina y política partidaria prevalente.

Quiero detenerme en el primer libro de la serie *Memoria para armar-uno*⁸ con enorme impacto de público. Hasta ese momento los testimonios sobre la dictadura habían sido mayoritariamente de hombres militantes. La entrevista que Lucy Garrido le hizo a la expresa política Lilián Celiberti, *Mi habitación, mi celda* (1990), publicado un año después del plebiscito que respaldó la Ley de Caducidad, en el inicio de nuestra década de prosperidad, quedó casi aislado. Hubo otros testimonios de mujeres, de menor resonancia, imprescindibles para trazar las líneas evolutivas de una sensibilidad ante el tema, pero la trascendencia de *Memoria para armar* no está solo en lo que sus testimonios dicen sino en la manera de plantear la memoria como una tarea colectiva y de género que desplaza, aunque no ignora, lo político partidario. Proponen la construcción de una memoria plural y un sentido de precariedad, juego y relatividad que implica una transformación en lo que venía siendo el testimonio hasta ese momento.

En el párrafo inicial de la presentación de *Memoria para armar-uno* (2001) se da vuelta desde dos ángulos diversos los criterios del testimonio vigentes. Allí se establece la voluntad de “recoger testimonios, reales o ficcionados, de todas las mujeres que vivieron la dictadura uruguaya en cualquiera de las situaciones posibles”. Por un lado, estas expresas desatan la literatura testimonial del recuento de hechos al introducir la posibilidad de que los testimonios sean “ficionados”, por otro, rompen el cerco de la cárcel y lo político al convocar a las mujeres en general a testimoniar desde cualquier lugar.

⁸ *Memorias para armar-uno*, Montevideo, Senda, 2001.

El paso siguiente fue convocar a los jóvenes y a adultos de ambos sexos a dialogar sobre el pasado. En el año 2004 participé en una experiencia de taller convocada por el colectivo *Memoria para armar* que después fue recogida en el libro *Palabras cruzadas* (2005). Las expresas citaron a personas de la generación protagonista de las luchas políticas anteriores a la dictadura y a la de sus hijos a reunirse para hablar en principio sobre la incidencia de la dictadura en los adultos (pregunta realizada a los hijos) y en los jóvenes (pregunta realizada a los adultos). Un ejercicio de espejo intergeneracional que se reveló difícil. Se hicieron evidentes las dificultades que existían para hablar, contar, explicar emociones, transmitir experiencia.

Una evaluación parcial y precaria de los resultados del taller permite decir que tuvo la virtud de hacer palpable los silencios, el bloqueo a la hora de explicar y ponerse en el lugar del otro. Muchos padres, víctimas de la dictadura, no habían contado nada a sus hijos para no hacerlos sufrir, otros no habían encontrado el momento ; las inquietudes de los hijos no llegaban a formularse. El miedo a dañar afloró en casi todos.

Edda Fabbri participó de la experiencia y, a partir de ella, fue encontrando las palabras para escribir un testimonio que publicará tres años después : *Oblivion*⁹, un libro fundamental en el proceso de conciencia del lenguaje, honestidad y libertad personal que va transformando el género : “Por eso digo que el pasado, ese pasado, es a veces más fuerte que uno. No porque ellos hayan sido más fuertes, no por su victoria vergonzosa, atroz, sino por el peso de las heridas que llevamos en silencio” (p. 50).

El libro *Los ovillos de la memoria* (2006) del taller “Testimonio y memoria” fue preparado por siete expresas políticas¹⁰ que eligieron contar historias de algunas mujeres cuyos destinos fueron la muerte, la desaparición o la cárcel. Las mujeres que dan testimonio se presentan en notas autobiográficas acompañadas de una foto tipo carné. Dicen sus opciones políticas, sus entusiasmos adolescentes, su despertar sexual. Aunque registran la filiación política de cada una de ellas, al abrir las presentaciones a esferas de la vida no ceñidas a las exigencias de la lucha, al incluir un antes y después del combate y la cárcel, sus testimonios desestructuran la imagen recortada del combatiente.

El libro fue presentado el 14 de noviembre de 2006 en El Galpón, en un acto multitudinario, junto al libro de expresas políticas argentinas: *Nosotras. Presas políticas*¹¹. En un momento de la presentación una de las mujeres comenzó a nombrar a las compañeras muertas o desaparecidas : cada nombre era respondido con una ovación que decía “Presente”. Es una instancia ritual que anula el “trabajo de duelo, si se entiende por tal, freudianamente, un proceso de memoria que es al mismo tiempo de separación y reconocimiento de la pérdida” (p. 193) dice Hugo Vezzetti en el libro *Sobre la violencia revolucionaria*¹². El rito realizado en El Galpón plantea la persistencia de un sentido épico a pesar del descentramiento de voces de estos testimonios.

En *Ovillos de la memoria* aparece explícito algo casi no nombrado hasta el momento: el abuso sexual en palabras y acto. Con recato, en algunos momentos, las

⁹ Edda Fabbri, *Oblivion*, Montevideo, Ediciones del caballo perdido, 2007.

¹⁰ Beatriz Barboza, Ana Demarco, Cecilia Duffau, Irma Leites, Patricia Mora, Elena Morelli y Martha Passeggi.

¹¹ *Nosotras. Presas políticas*, Buenos Aires, Nuestra América, 2006.

¹² Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Plantea el tema de la celebración de la muerte en el peronismo revolucionario argentino y filia el “rito de llamamiento de los mártires” a las ceremonias de Estado de la revolución francesas y a los ritos fascistas.

mujeres nombran la violación. Es tan difícil hacerlo que una de las mujeres usa la tercera persona para referirse a sí misma.

Son particularmente difíciles los testimonios sobre la tortura pues es la intimidad del cuerpo de la víctima la que se expone. El pudor que fue avasallado no quiere volver a serlo. Cómo realizar el duelo de la tortura sin una sociedad preparada para escuchar. Después de años de silencio, en el año 2004 el Frente Amplio llegó al gobierno y se comprometió a buscar los restos de los desaparecidos. Los medios de comunicación se volcaron al tema de los crímenes, las víctimas y los asesinos de la dictadura.

En el año 2006 cuando la televisión estaba en pleno registro voraz del tema de los crímenes de la dictadura y la palabra aparecía comprimida, triturada, desvanecida entre las imágenes y la rapidez y la homogeneidad desjerarquizadora de los medios, una entrevista televisiva a una expresidenta política participante del libro *Los ovillos de la memoria* mostraba una alternativa valiosa y posible. El martes 31 de octubre de 2006, Stella Reyes tuvo un careo en un juzgado con sus torturadores: José Nino Gavazzo, Jorge Silveira y Armando Méndez. Ana María Mizrahi, periodista de tveo (canal del Estado), la invitó a su programa junto a Alicia Sabatel., Stella Reyes hablaba de la tortura, con voluntad de decir y con pudor. Porque es necesario que la sociedad sepa, pero también es cierto que luego del avasallamiento de la intimidad perpetrado por el terrorismo de Estado, es un indicio de sanidad que las víctimas recuperen la posibilidad de la vergüenza, del silencio, de la no exposición. Existe el imperativo moral de contar y difundir, pero es también evidente que los medios de comunicación, imprescindibles para que eso sea posible, explotan el *voyeurismo*, el placer casi pornográfico de acercarse a la truculencia. Stella Reyes hablaba de la tortura con la delicadeza que surgía de su persona y se preguntaba qué hacer con ella. Porque -decía- uno hace el duelo de sus muertos queridos (su hermana Silvia fue asesinada la noche del 20 al 21 de abril de 1974), de sus desaparecidos queridos (dijo que espera saber como desapareció su cuñado Washington Barrios y que devuelvan sus restos) ; pero no sabe qué hacer con la tortura que vuelve intacta al recordar.

En este contexto, *Los ovillos de la memoria* no solo informó, mostró una posibilidad alternativa del tratamiento del tema. El libro respeta los silencios, las ausencias, las reticencias de quienes cuentan su dolor. Le devuelve a lo acontecido su perspectiva trágica, al mismo tiempo en que recupera el valor liberador de la palabra.

Ser y no ser víctima

Algunos testimonios plantean una conciencia del lenguaje que transforma interiormente el género y sus prerrogativas. En *El furgón de los locos*¹³ de Carlos Liscano y *Oblivion*¹⁴ de Edda Fabbri la escritura es entendida como el ejercicio de una ética que desmonta preconceptos y que desconfía de la inocencia de la referencialidad sin negarla. En lugar de la reconstrucción de la gesta heroica de la resistencia, desarman la moral del combatiente y salen de la situación de víctima. Se instalan en una mirada más abarcadora que hace preguntas sobre la condición humana y que busca de una manera nada complaciente comprender la responsabilidad personal en lo sucedido.

El furgón de los locos oscila entre el testimonio y la autobiografía y no es ninguno de los dos. Como testimonio no se ciñe a la tortura y la cárcel; como autobiografía cuenta poco. El narrador crea una estructura meditada, concentrada, que anuda los momentos claves de una vida: las instancias de pasaje, de crecimiento y las

¹³ Liscano, Carlos, *El furgón de los locos*, Montevideo, Planeta, 2001

¹⁴Fabbri, Edda, *Oblivion*, Montevideo, Ediciones del caballo perdido, 2007

pérdidas. Esa forma depurada y perfecta de la narración es fruto de un intenso trabajo de lenguaje y de duelo. *El furgón de los locos* está presentado en tres capítulos (“Dos urnas en un auto”, “Uno y el cuerpo”, “Sentarse a esperar lo que sea”), antecedidos por una página en la que quien narra se instala en un presente del pasado cuando está en un cuartel del Ejército, encapuchado, con 23 años. Salta en el tiempo a un futuro treinta años después en el que el que escribe se pone a decirse qué sienten él y su cuerpo.

El juego entre recuperar lo que fue y la evidencia de estar narrando desde un hoy en que aquel pasado está pero transformado por el poder que otorga la escritura es tal vez el marco para comprender los diálogos originalísimos e inquietantes en los que se reconstruye una pregunta al preso y en lugar de contestar en estilo directo, responde el narrador en indirecto.

La importancia y autonomía del cuerpo está planteada en varios niveles. El lector de *El furgón de los locos* descubre, al mismo tiempo que los militares, la herida en la pierna que el protagonista esconde. Es muy desconcertante ese descubrir juntos, pues el que lee se siente violentamente colocado en el lugar más incómodo. Por otro lado, la herida en el cuerpo es una información que el preso desea ocultar. Pero su cuerpo es más inmanejable que su conciencia. La herida es la “huella” de una acción de la que él como agente, en ese momento, se quiere desprender. Es el rastro de un combate. Volverá en la renguera con que sale -causada por un partido de fútbol no por una bala- y años después de la cárcel en la renguera de las mañanas.

Aunque haya dejado de pertenecer al MLN en la cárcel, aunque no escriba para realizar una reivindicación política partidaria, la huella-inscripción del combatiente está guardada en el cuerpo-archivo. El texto ofrece al lector la posibilidad de experimentar la tragedia del pasado que el cuerpo registra.

Oblivion de Edda Fabbri es una narración hecha de fragmentos que empieza con la voz de la narradora buscando un final. Quien narra, a partir del cierre de una etapa (la salida de la cárcel de una presa política), va dejando fluir los recuerdos. El juego asociativo del fragmento inicial culmina en un retorno al presente: “Ahora necesito un silencio similar para escuchar aquella memoria pasando como un río” (p. 23). El sujeto que se desdobra y se ve en otro tiempo desconoce las certezas.

“Quería decir que yo no podía hablar de los hechos. Pero no porque ellos vinieran acompañados de dolor, como a veces se piensa, sino porque me parecía que ellos, los hechos, eran de alguna manera mudos, o que el relato de los hechos podía esconder todo lo que uno quisiera esconder. El relato de los hechos está unido al recuerdo y sé que hay que desconfiar de los recuerdos”. (p. 48)¹⁵.

El transformar la moral del combatiente en una moral de la escritura, tiene que ver, en lo individual, con características de cada uno de estos sujetos, anteriores a su elección política. Es posible rastrear en Liscano y Fabbri una vocación por la soledad y una conciencia de las palabras que la experiencia extrema por la que pasaron y el recuerdo de ella hicieron resurgir.

Fabbri es la primera expresa política en desmarcarse explícitamente del “deber de memoria” y en plantear en su testimonio el derecho al olvido y la necesidad del perdón.

“A veces se nos asigna a nosotras una responsabilidad. Me refiero a una responsabilidad actual, no a la del pasado. Un deber de escribir o testimoniar de algún modo acerca de un pasado que se escapa y que debemos transmitir, como en una carrera de postas, a los que siguen. No me gusta esa imagen ni esa responsabilidad (...) Yo no tengo que contar una historia. No tengo el deber de historiar; no sé quién lo

¹⁵ Fabbri, Edda *op.cit.*

tenga, no sé quién sabrá hacerlo. Escribo no por ninguna responsabilidad, acaso por una responsabilidad conmigo, la de poder mirar alguna vez aquel pasado, la de no entregarme ahora, no mentirlo, que no me gane”. (p. 46)

Oblivion termina como empieza. El largo camino del olvido es redondo. Recordar y olvidar forman un ciclo indivisible en el que siempre es posible empezar de nuevo. Nunca está todo dicho ; hay que volver a contar.

Quiero traer una imagen de la última campaña por la anulación de la Ley de Caducidad que podría dar una dimensión de lo ambiguo y no resuelto de este momento histórico. El 23 de octubre de 2009 el poder Ejecutivo dispuso que a las 22hs. se emitiera por Cadena Nacional de Radio y Televisión un mensaje de la Coordinadora Nacional por la Nulidad de la Ley de Caducidad. Lo pasó solo canal 5, el canal del Estado. Los canales privados: 4, 10 y 12 no lo hicieron. El mensaje consistió en una breve argumentación realizada por siete hijos de detenidos desaparecidos sobre por qué votar por reformar la constitución para anular la Ley de Caducidad. Dos de ellos plantearon la necesidad de “dejar de ser víctima”.

El que aparezca un texto que vincula el olvido al perdón, no pensado institucionalmente, algunas declaraciones de las víctimas, parecen estar señalando la posibilidad de cierre de un ciclo. Después de recordar, perdonarse para seguir. Como señala Hannah Arendt en *La condición humana*¹⁶ el castigo y el perdón “tienen en común que intentan finalizar algo que sin interferencia proseguiría inacabablemente”.

El tema del castigo como cierre exige volver a plantear el problema de la Ley de Caducidad y el resultado del plebiscito último. Mientras algunos testimonios marcan el cumplimiento de un ciclo, al no votar por la anulación de la Ley de Caducidad, la sociedad parece mantenerse anclada en la negación de los crímenes perpetrados y sus consecuencias en el presente. La conciencia de que no toda la izquierda votó por la anulación obliga a repensar el papel que la lucha por los derechos humanos ha tenido en la sociedad uruguaya.

El hecho de que un grupo armado como lo fue el MLN haya depuesto el camino de las armas y emprendido la vía electoral con éxito evidente tiene algo que ver con los resultados del plebiscito de 2009. Para la mayoría de los políticos que pertenecieron al MLN la moral sigue siendo la del guerrero. El actual Presidente de la República, José Mujica, es un excombatiente y una víctima. Aunque se lo proponga, no siempre logra salir del peso de su historia personal. Por ejemplo su deseo manifiesto de liberar a los presos mayores de setenta años es un sentimiento sin duda generoso, pero que ha chocado con el deseo de justicia de muchos de los que lo votaron. En una entrevista reciente¹⁷, Macarena Gelman, hija de María Claudia García de Gelman consideró que mientras el Presidente no saliera del papel de víctima no podía representar a todos los uruguayos. Para terminar, demasiado al pasar, anoto que la presencia de los jóvenes en la última campaña por derogar la Ley de Caducidad es un hecho muy auspicioso.

¹⁶ Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

¹⁷ Rodríguez, Lourdes, “El tiempo me enseñó” (Entrevista a Macarena Gelman), en *La diaria*, Montevideo, 19.3.2010.